

B) COMUNICACIONES

LA INVERSIÓN EN EDUCACIÓN Y FORMACIÓN HUMANA

**Del Académico Numerario
EXCMO. SR. DR. D. MARIANO CAPELLA SAN AGUSTÍN**

En el proceso dinámico del acontecer económico, la inversión juega un papel primario y determinante.

No es pues de extrañar que la literatura científica dedicada al tema sea abundantísima, considerando de forma exhaustiva sus causas y sus efectos en los más variados contextos espacio-temporales.

Sin embargo, comparativamente, el estudio de la inversión en capital humano, aparece preterido, habiendo sido mucho menos considerado que otros tipos de inversiones de carácter más material.

Tal vez la causa haya que buscarla en la mayor sutilidad de las inversiones en formación del hombre, en su menor concreción física y también en su forma de operar y presentarse dentro de una compleja estructura global sinérgicamente integradora.

Por ello parece importante dedicar a este tema una profunda atención en los momentos actuales en los que un desarrollo tecnológico rapidísimo, acelerado, que sobrepasa incluso las previsiones humanas, conduce a nuevos planteamientos socio-económicos irreversibles. En ellos el papel agente del hombre y su forma de actuar y vivir, se presentan como un reto vital que sólo puede afrontarse potenciando las capacidades, de crear y saber, humanas.

Precisamente estos hechos motivan la redacción de la presente comunicación.

En el desarrollo de este trabajo se planteará la cuestión de la verdadera naturaleza de los esfuerzos dedicados a la formación, enfrentando su utili-

dad a los sacrificios que entraña y proponiendo formas de mejorar la relación coste-beneficio en los procesos educativos, mediante el empleo de la creatividad.

Nuestro país y muchos otros países, atraviesan por momentos muy delicados en su devenir socio-económico, con dificultades que seguramente exceden lo meramente coyuntural, con fundamentos estructurales irreversibles, derivados de la evolución tecnológica en los campos de la producción y organización.

Esto obliga a plantearse con todo rigor la necesidad de preparar los hombres para el futuro, en un contexto de cambio acelerado en un campo en el que, como manifiesta Schumpeter, racionalismo y empirismo conjugan sus efectos para engendrar una actitud crítica en la cual todo es puesto en cuestión.

Comenzaremos por considerar la debatida cuestión de la existencia del "Capital humano" en cuya formación tendrían una fuerte incidencia los procesos educativos.

Irwing Fisher, que elaboró una teoría del capital altamente abstracta, explica que el capital es un algo, un stock, que produce flujo de servicios a través del tiempo.

Los recursos dedicados a la educación son, entre otras cosas, una inversión capaz de generar una futura corriente de renta para el individuo y para la Sociedad en su conjunto.

Se puede entonces convenir en que se ha creado un capital, en el sentido expuesto por Fisher, un capital incorporado al hombre, un capital humano. Es decir un medio de producción, producido a consecuencia de la inversión del hombre en sí mismo.

La idea es clara y congruente con el conjunto de la teoría económica, planteando la cuestión que hoy se denomina "economía de la educación".

Sin embargo, a lo largo de la historia del pensamiento económico puede detectarse un cierto rechazo a la consideración del ser humano como un bien de capital.

Como manifiesta el profesor Schultz, pionero en este tipo de estudios, la simple idea de considerar la inversión en los hombres como un stock productivo resulta ofensiva para muchas personas.

Seguramente esta forma de pensar, de sentir, dimana de consideraciones ético-filosóficas que trascienden al campo económico.

La lucha contra la esclavitud, contra las servidumbres feudales y gremiales y hasta, en nuestros días, el derecho de retención que recae

sobre los futbolistas, podrían en cierto modo, servir de ilustración a lo expuesto.

Al fin y al cabo, como manifiesta ya el citado Fisher, si el stock de capital, el ente físico puede ser comprado o vendido es sólo cuestión de grado de liquidez y por tanto no puede ser criterio de definición de lo que es capital.

Stuart Mill señalaba que los habitantes de un país no deberían ser considerados como riqueza, ya que la riqueza sólo existe para el servicio del hombre.

Tal vez en ese razonamiento se prescinde de que el hombre está, debe estar al servicio de los hombres y también de que la mayor educación y formación, la inversión en el hombre, redundaría en un aumento de las posibilidades de elección y en consecuencia de más libertad y bienestar.

Adam Smith tuvo la audacia, para su tiempo, de incluir como una parte del capital todas las facultades útiles adquiridas por los habitantes de un país. No obstante en la por él llamada "industria de la educación" ve principalmente una industria de productos consuntivos, como un medio al servicio del hombre para su mejora, más que como una inversión en recursos humanos productivos.

Muy realista es la visión de Von Thünen al sostener que el concepto de capital aplicado al hombre no degrada ni menoscaba su libertad ni su dignidad. En un dramático ejemplo sostiene que en muchas guerras se han mandado a la muerte hombres en plenitud de su vida a fin de salvar un arma. El motivo es que la compra de un cañón origina un gasto de fondos públicos mientras que para obtener hombres basta una simple orden de reclutamiento. Tal vez un ser frío, capaz de incidir en ese tipo de actuación cambiaría su forma de pensar si considerase el capital humano, en sentido económico, que sacrifica.

Si pensamos en lo que ha sucedido, y sucede, en muchos países en que en un determinado momento consideran al hombre como algo, como una cosa, utilizable por completo al servicio de una ideología o una ambición personal, previo un cierto tipo de aleccionamiento, se comprenden los escrúpulos sentidos ante la idea de considerar la educación como un stock de capital.

La realidad es que hasta los momentos actuales rara vez la inversión en los seres humanos ha sido incorporada al cuerpo formal de la economía, aunque muchos autores han observado su relevancia de forma no estructurada y sistemática.

El mismo Keynes, tan influyente en el pensamiento económico de nuestro tiempo, al considerar el trabajo como un factor pasivo de producción

que sólo encontrará empleo cuando exista una tasa de inversión, y más especialmente un tasa de inversión para la producción suficientemente alta, dio lugar a la formulación de teorías de crecimiento a largo plazo en que todo se explicaba a través de la cantidad de capital físico y de su tasa de crecimiento.

Pero después de la II Guerra Mundial se pudo observar, con el soporte cuantitativo proporcionado por los adelantos en el uso de la estadística y econometría, que el capital físico y su aumento tenían una eficiencia muy distinta según los países.

La relación capital-producto era muy variable y no se ajustaba a las previsiones. Los modelos clásicos capital-producto sólo explicaban los crecimientos de escasa entidad.

En el período comprendido entre 1920 y 1950, no se llegaba a explicar ni la mitad del crecimiento de la renta nacional habido en Europa Occidental y Japón.

Ante la magnitud de las desviaciones, ante la aparición de unos residuos inexplicables tan importantes, se mostró ineludible la necesidad de estudiar las causas de las mismas.

Solow atribuye esas diferencias al cambio tecnológico, considerándolo indefectiblemente ligado e incorporado a un capital físico, siguiendo los planteamientos Keynesianos.

Frente a esa interpretación, Lundberg observó el crecimiento continuo de la productividad en una empresa con escaso o nulo cambio en su capital físico. Es el llamado "efecto Horndal", planteándose de nuevo la necesidad de llegar a una explicación coherente.

Algo así se detecta en un trabajo que con el significativo título "Aprenda trabajando", publicó Arrow, centrando su atención en el capital físico, considerando, sin embargo, que las personas aprenden al enfrentarse con nuevas experiencias y riesgos.

Con un criterio más progresivo y eficiente, se ha intentado explicar los residuos mediante modelos que tienen en cuenta el factor humano en concurrencia con los factores tradicionales, capital físico y trabajo.

Por ejemplo la función de producción de Cobb-Douglas

$$Y = a K^{\alpha} L^{\beta} H^{\gamma}$$

donde Y es la renta nacional, K el capital, L el trabajo y H un término residual que representa el factor humano, que incluye "los avances en los conocimientos", las mejoras en sanidad y salubridad, en la destreza, en la habilidad,

economías de escala, perfeccionamiento en las formas de dirigir y organizar, etc., etc., factores casi todos ellos directamente relacionados con una mayor amplitud de la educación y perfeccionamiento de los hombres.

Irónicamente se ha venido llamando a esos avances en los conocimientos coeficiente de nuestra ignorancia y tal vez podría extenderse la denominación a todo lo relativo al factor humano, que se busca explicar, y aún cuantificar, como factor residual, intentando eludir la complejidad y la dificultad que su análisis presenta.

Los avances tecnológicos suponen no solo cambios en los equipos técnicos, sino también en los hombres en una simbiosis que podría considerarse sinérgica. De donde la anterior antinomia irónica, avances tecnológicos y coeficiente de ignorancia, adquiere un sentido profundamente constructivo.

Solo las inversiones en el hombre propician los avances tecnológicos y a la vez la productividad y las probabilidades de innovación.

El paso siguiente a este reconocimiento, susceptible de una cierta cuantificación a través de los modelos econométricos correspondientes, debería de ser intentar aislar el resultado de las inversiones educativas dentro del factor residual.

Tarea difícil, por no decir imposible, puesto que las inversiones en el hombre se hallan profundamente interrelacionadas. Por ejemplo las inversiones en salud pública al aumentar la calidad y la esperanza de vida, otorgan a las inversiones en educación y formación un más dilatado plazo de aprovechamiento, proporcionándoles una mayor valoración de su utilidad.

Llegado este momento parece demostrada la existencia de unos efectos positivos de la inversión en capital humano que sobrepasan el ámbito individual para recaer sobre todo el conjunto social.

Convendría ahora intentar cuantificar los beneficios y enfrentarles a su coste, en busca de una rigurosa economicidad de actuación. Se trata de seleccionar la aplicación de unos recursos escasos buscando la alternativa más eficiente dentro de unos condicionamientos mínimos, puesto que el capital humano para rendir sus frutos ha de aparecer convenientemente asociado a los factores clásicos de la producción, capital físico y trabajo.

Con toda la dificultad que esto entraña, es preciso configurar las decisiones dentro del marco de la racionalidad de un análisis "coste-beneficio" sujeto a otros condicionamientos y con la suprema dificultad que entraña aislar y conocer magnitudes esencial y funcionalmente interrelacionadas.

Todo esto no conlleva, necesariamente, a considerar al hombre como una cosa reducida a una valoración. Precisamente la falta de rigor cuantitativo

es lo que en muchas ocasiones ha conducido a que el ejemplo citado por Von Thünen represente la más lamentable de las realidades, una realidad que en gran parte se deriva de las condiciones existentes en el pasado, donde con una fuerza de trabajo homogénea y poco cualificada, muy diferente de la actual, sin acumulaciones en capital humano rentable en el sentido fisheriano de la inversión, era poco significativo evaluar los efectos rentables de los conocimientos marginales adquiridos.

Al entrar en el estudio y evaluación de la relación coste-beneficio de las inversiones educativas, es preciso distinguir y no olvidar, los beneficios que recaen directamente sobre el estudioso y aquellos otros que afectan a otras personas.

La distinción es importante, sobre todo si se pretende distribuir el coste de la educación teniendo en cuenta sus beneficiarios.

Los rendimientos que obtiene el individuo que lleva a cabo la ampliación de su formación guardan primeramente una relación directa con su actividad productiva, pero no son los únicos. Concretemos un poco más la utilidad de la formación:

a) En relación con la actividad que desarrolla:

La correlación entre el nivel de ingresos y el nivel de educación es evidentemente positiva.

Un procedimiento lógico para evaluar cuantitativamente las ventajas de la educación y formación en esta faceta, sería actualizar financieramente con una cierta tasa, los ingresos diferenciales futuros esperados y debidos a un incremento de los conocimientos durante el resto de la vida del estudioso.

Hay que ser conscientes de lo subjetivo y aleatorio de los números manejados. La estimación de ingresos futuros sólo hasta cierto punto puede basarse, con garantías suficientes, en el estudio del pasado, dada la rapidez con que se presentan los cambios tecnológicos y socio-económicos en nuestra época.

Por otra parte, los ingresos diferenciales a obtener no dependen técnicamente sólo de los incrementos en habilidad y en conocimientos adquiridos. La situación anterior, la riqueza personal, las relaciones humanas y sociales del individuo, su ambición, sus necesidades y deseos y, en fin, todas las variables inherentes a la persona influirán sin duda en el logro y cuantía de los futuros ingresos.

La relación entre la productividad y los ingresos marginales del trabajo puede variar significativamente en el futuro, dada la velocidad de los avances

tecnológicos en nuestro tiempo, pudiendo incluso, tornar en inútiles y obsoletos los conocimientos adquiridos.

No obstante, mejor es eso que nada y todo esto tan aleatorio individualmente, puede adquirir una operatividad estadística útil al considerar un colectivo suficientemente amplio.

Otra cuestión a considerar y evaluar es la opción de continuidad en la formación que unos conocimientos a determinado nivel proporcionan. Sin ellos no sería posible proseguir, con ellos sí.

Esa opción debe valorarse atendiendo a la probabilidad de su ejercicio y a los valores y rendimientos esperados si se ejercitan.

Además de las utilidades mencionadas, más o menos evaluables monetariamente a través de procedimientos estimativos fundados en la existencia de colectivos suficientemente numerosos y significativos, la educación adicional proporciona al individuo unas ventajas no valorables directamente en dinero, como, por ejemplo, las posibilidades de encontrar trabajo pueden aumentar a consecuencia de la flexibilidad ocupacional derivada de unas mayores posibilidades de adaptarse a los cambios tecnológicos, sociales y económicos.

b) Existen otros rendimientos no ligados específicamente al empleo, como puede ser la posibilidad de realizar determinados trabajos por sí mismo, con el consiguiente ahorro y sobre todo, alcanzar la íntima satisfacción de saber algo más y ser capaz de hacer más cosas. Es una cuestión íntimamente ligada al hombre de la cultura occidental, al hombre fáustico caracterizado por la persecución del progreso en todos los órdenes, en una búsqueda de infinito.

En otras palabras es eso que ahora se llama enfáticamente "realizarse a sí mismo", con sus componentes sociales y personales.

Este aspecto no debe ser minusvalorado, como lo demuestra el éxito de los estudios para la tercera edad, los cuales por una simple razón temporal, el poco tiempo en que podrían ser rentabilizados, no pueden ser motivados por cuestiones de lucro valorables monetariamente.

Por otra parte los beneficios derivados de la educación no recaen solamente sobre el estudiante, sino que también alcanzan a otras personas. La familia actual del estudioso, íntimamente ligada a él, participará directamente de los beneficios que para aquel comporta una mejor formación. La familia en el futuro, los hijos gozarán de las ventajas educativas de unos padres más preparados intelectual y culturalmente, un mejor nivel de vida y

otra serie de mejoras con proyección intergeneracional del capital humano.

En menor grado los efectos beneficiosos de un mayor grado de preparación trascienden al individuo extendiéndose a su entorno propiciando una calidad de vida superior y una mayor eficacia productiva. La actividad laboral se lleva a efecto muy frecuentemente en equipo y el resultado del esfuerzo conjunto depende de la formación de cada uno de los componentes del colectivo.

La entidad para la cual trabaja la persona que ha alcanzado una formación adicional se beneficia igualmente de ello al aumentar la calidad de la fuerza del trabajo y además es muy probable que las imperfecciones y rigideces del mercado de trabajo, impidan que la remuneración aumente tanto como crece la productividad marginal del trabajo, lo que da lugar a un beneficio material y monetario a favor del que proporciona el empleo.

Junto a estos rendimientos de los incrementos educativos que recaen sobre personas fácilmente identificables es preciso tener en cuenta otros beneficios que afectan a la sociedad en general cuyo grado de cultura se verá aumentado, así como su estabilidad, su potencia investigadora, su capacidad de reacción ante los cambios y vicisitudes del porvenir, en una a modo de secuencia encadenada que recuerda el efecto multiplicador Keynesiano.

Estudiados someramente los beneficios de la formación y educación y también quienes los reciben, llega el momento de fijar la atención en la otra cara de la moneda, *los costes*:

Aparece en primer lugar un coste directo, monetario, de la enseñanza. Los profesores han de ser remunerados, existen unos gastos de material y organización, etc., etc.

Junto a ese coste es preciso considerar el coste oportunidad, para el individuo, que supone el no poder dedicar a otras actividades productivas el tiempo ocupado por el estudio.

La falta de ocupación plena de las instalaciones y personas que ejerzan la enseñanza supone un encarecimiento de los costes soportados por instituciones distintas del estudiante.

Surge ahora la cuestión de quién debe soportar los costes de la mejora educacional.

Parece lógico que todos los beneficiarios de los frutos de la enseñanza contribuyan a costearla.

El individuo, protagonista destacado, aporta una contribución monetaria, los honorarios pagados a la institución educadora y además soporta sus

costes-oportunidad al prescindir del tiempo dedicado al estudio, en otra actividad lucrativa.

La familia, además de ver reducidos sus ingresos, porque el estudiante sufre la pérdida de una parte del tiempo libre, de aquél que hubiese podido dedicar a la misma.

Las empresas conscientes de las ventajas derivadas de la mejor formación de su personal, frecuentemente la promueven concediendo tiempo y ayudas monetarias para que los empleen en actividades de este tipo.

La sociedad en general ofrece la gratuidad de la enseñanza en unos ciertos niveles, subvenciones a los centros de enseñanza, ventajas e incentivos fiscales, becas a los alumnos y ayudas, etc., etc.

Una vez consideradas las ventajas de las mejoras educativas, sobre quien recaen, y con qué contrapartida de costes, llega el momento de profundizar en el análisis de la relación coste-beneficios inherente al criterio que considera la educación como una inversión.

Inmediatamente surge la dificultad de cuantificar los distintos componentes positivos y negativos tangibles e intangibles de la educación, que valoraría la inversión.

Un tipo de rendimiento deducido por medios indirectos, por técnicas estimativas de carácter colectivo más o menos sofisticadas, nunca aparece depurado de una serie de influencias interrelacionadas que incluso exceden el campo específico de la enseñanza, puesto que la inversión en ella debe estar equilibrada armónicamente con otras inversiones en capital físico y en otras facetas del capital humano.

Por otra parte la educación es en cierta medida un bien público que satisface un deseo social. No un bien público puro, pues los beneficios económicos son en gran parte personales y divisibles, susceptibles de ser valorados con alguna aproximación. Por el contrario los bienes públicos son indeterminados y ningún consumidor puede ser excluido de su disfrute, ni el consumo de una persona reduce las oportunidades de consumo de otra.

Quedan fuera, por consiguiente, del mecanismo de mercado y los consumidores no revelan a través de él sus preferencias individuales hacia esos bienes. Se ha afirmado que esas preferencias se valoran en estos casos mediante opciones políticas, mediante la manifestación en las urnas electorales. Y serán criterios políticos los que configurarán la contribución de la sociedad en general a los costes educacionales.

En cambio los individuos, como tales, llevarán a cabo su análisis coste-beneficio centrándolo principalmente en una comparación, más cuantitativa,

entre el coste de la enseñanza, incluyendo y actualizando el coste oportunidad, y el resultado económico esperado de los nuevos conocimientos a lo largo del tiempo en que confían poder utilizarlos.

Sin embargo para lograr la máxima eficacia en la aplicación de unos recursos escasos, capaces de usar alternativamente, es preciso llevar a cabo una *planificación educativa*. Lo cual tampoco es tarea fácil.

Implica la especificación de las necesidades de fuerza humana capacitada en las distintas actividades en cada momento y en función de unos objetivos predeterminados. Debe tenerse en cuenta la interrelación precisa con otras categorías de inversión, como pueden ser la propia inversión en educación y en capitales físicos.

Lo complejo y aleatorio de esta planificación obligan a revisarla periódicamente a la luz de las sucesivas situaciones alcanzadas en un proceso de características markovianas que contemplen el encadenamiento de los planes, sin desdeñar los cambios técnicos y económicos que se van produciendo.

Los más destacados intentos para la planificación de la fuerza humana han sido resumidos en las publicaciones de la O.C.D.E. mostrando resultados no demasiado brillantes, en gran parte por suponer una rigidez de las estructuras de demanda superior a la real, capaz de variar rápidamente, como así ha sucedido en los tiempos pasados.

Como ejemplo y modelo metodológico puede recordarse el "Proyecto regional mediterráneo de la planificación educativa", llevado a cabo por la O.C.D.E. conjuntamente con seis países miembros de la misma.

Tal vez una adecuada planificación podría evitar, en alguna medida, esa tremenda acusación que se hace a nuestras facultades universitarias: ser una fábrica de parados.

Estudiadas las líneas generales de la inversión en educación como uno de los componentes más significativos del capital humano, parece útil considerar el caso concreto de nuestro país.

Una trágica realidad salta inmediatamente sobre nosotros, la espeluznante cifra de parados y la sospecha de que además existe un paro encubierto tal vez más importante. Los dolorosos y contravertidos procesos de reconversión industrial que en muchos sectores se están llevando a cabo, ponen de manifiesto la magnitud de ese paro encubierto, los expedientes de crisis diariamente incoados, la escasa productividad y la difícil situación económica de multitud de empresas vienen a reforzar la creencia expuesta.

Al mismo tiempo se pone de manifiesto que la recuperación de los puestos

de trabajo no será un proceso fácil, ya que la crisis no es coyuntural, sino mucho más profunda y fruto de un acelerado cambio tecnológico, económico y social, irreversible.

Con toda razón afirma Schumpeter que la tecnología es un mar cuya costa no ha sido diseñada todavía, concluyendo que en el futuro el valor "saber" sustituirá al valor trabajo, en sus funciones económicas. O como reconoce el profesor Bell: ha nacido una verdadera "tecnología del intelecto".

Hay entonces que reconocer que la inversión en mejoras educativas de toda índole y nivel se presenta como absolutamente imprescindible, si se quiere lograr que la fuerza de trabajo hoy desaprovechada pueda integrarse nuevamente en la actividad productiva.

Sólo una profunda reconversión de la estructura del capital humano puede dotar a éste de la movilidad derivada de nuevas posibilidades de actuación. Muchos de los puestos de trabajo perdidos jamás serán recuperados aunque la economía goce de una fuerte expansión, simplemente porque ya no son necesarios. Y muchos otros todavía vigentes, pronto dejarán de estar económicamente justificados y solo el telón de una ordenación jurídica protectora de la continuidad en el empleo impedirá que el problema se muestre con toda su rudeza.

La solución solamente puede venir a través de la adquisición de nuevos conocimientos y habilidades que permitan al trabajador adaptarse a las nuevas técnicas y medios.

La entrada de España en la C.E.E. no hará sino contribuir a acelerar el fenómeno, acentuando la necesidad de dar al mismo la más pronta solución.

Una red de escuelas de formación próximas al mundo del trabajo de la empresa, dotadas de cierta autonomía y capacidad de decisión, se mostrarían en mi opinión, extremadamente útiles.

Para ello gozan de ventajas no despreciables derivadas primordialmente de la versatilidad de sus estructuras y de su funcionalidad en comparación con otras instituciones mucho más rígidas y formalistas.

Su menor tamaño, el contacto cotidiano que la mayor parte de sus profesores mantienen con la realidad económico-social, la duración de los estudios que imparten normalmente un curso académico aunque naturalmente, se pueden seguir diversas disciplinas en distintos años si ese es el deseo del alumno, su mayor autonomía en temas de programación de estudios, etc., etc., les proporcionan un elevado grado de agilidad para adaptar sus enseñanzas a las necesidades de cada momento de forma muy rápida y eficaz.

Una planificación educativa general a largo plazo siempre es incierta y

por tanto mucho más arriesgada que otra a corto plazo, capaz de ser corregida sobre la marcha.

Por eso las enseñanzas de ese tipo de Centros presentan a corto y medio plazo un grado de utilidad y eficacia superior, puesto que curso a curso pueden detentar las necesidades y la conveniencia de sus enseñanzas para que estas sean aplicables y por tanto gratificadoras, a todos los niveles, con un desfase temporal muy pequeño.

Sus frutos, insisto, casi inmediatos, serán, recogidos por los alumnos y también por las empresas y la Sociedad en su conjunto.

Se trata de unos complementos de educación con una elevada productividad marginal y que, lo que en estos momentos es vital, comportan la capacitación necesaria para alcanzar la posibilidad de una variación en el tipo de ocupación, frecuentemente obligada por los cambios tecnológicos y coyunturales.

En ellas se dan en forma máxima las *capacidades* por las cuales abogaba Igor Ansoff.

a) *Capacidad de reacción estratégica*, condicionada por la creatividad, receptividad a las nuevas ideas, adaptación de programas y previsión del cambio.

b) *Capacidad de reacción competitiva*

Su organización es ágil, capaz de obtener el máximo de sus posibilidades ante la concurrencia, gracias a su conocimiento y posibilidades de acción en el mercado.

c) *Capacidad de reacción eficaz*

Son capaces de producir más a menor precio mediante un constante seguimiento de los costes.

El sacrificio salarial de sus profesores y colaboradores frecuentemente motivados por causas no crematísticas, sino de vocación y prestigio, constituye un verdadero paradigma.

d) *Capacidad de reacción estructural*

Derivada de una dimensión abarcable y un grado de autonomía suficiente para evitar anquilosamientos y rigideces.

e) *Capacidad de reacción de comportamiento*

Surgida de la superación de objetivos estrictamente económicos y lucrativos y del soporte de entidades tales como las asociaciones de antiguos alumnos que mantienen unas relaciones de amistad y que obligan a una constante puesta al día.

Estas capacidades de reacción configuran algo muy valioso, decisivo, ya

que como afirma Jars "no se puede dirigir el pasado, ni tampoco el presente que es un instante transitorio y fugaz. Sólo el porvenir es susceptible de ser dirigido".

Se trata simplemente de utilizar unos medios escasos con la máxima eficiencia. Se trata de conseguir lo máximo a partir del mínimo dispendio, es decir de alcanzar la frontera en el proceso de la decisión racional.

Esto implica:

- a) La selección de individuos capaces de acumular un suplemento de formación a través de una enseñanza adicional, con el mínimo esfuerzo o coste.
- b) En cierto modo relacionado con lo anterior y en alguna forma concretándolo: centrar el esfuerzo educativo en aquellos grupos, en aquellas localidades, donde exista un colectivo suficientemente numeroso que demande formación, constituyendo una base lo bastante amplia como para poder seleccionar con garantías de provecho.
En otro sentido es preciso destacar la necesidad de una infraestructura, profesorado y medios suficientes.
- c) Como final o si se quiere como resumen, abarcando casi todos los aspectos, hay que convenir en que debe invertirse en educación allí donde la relación coste-beneficio sea más elevada, excediendo a otras alternativas posibles.

No debe olvidarse tampoco, que la inversión en capital humano debe ir aparejada a inversiones en capital físico y en otras alternativas que eviten los estrangulamientos y mutuamente se potencien.

En lo que acabamos de exponer subyace lo imprescindible de esa fuerza primordial que es la *creatividad*. Sin ella no hay innovación y si no la hay sólo queda estancamiento, con las dolorosas secuelas del paro y la regresión.

Que la fuerza de trabajo sin ocupación se pierda estérilmente, que las capacidades potenciales, latentes, dejen de aprovecharse por la falta de una formación, de una educación adicional, constituye un despilfarro humano, social y económico inadmisibles.

Es totalmente necesario, pues, extremar la creatividad a todos los niveles. Cada hombre, cada institución deben pensar cual debe ser el camino para resolver estos problemas, aquí y ahora, a corto, o cortísimo plazo, pues hay situaciones dramáticas que exigen solución inmediata.

En este sentido ¿no podría pensarse en ligar el desempleo y los fondos a él destinados, con la posibilidad y conveniencia de proporcionar una formación adicional a los parados?

Tal vez sea la única forma de conjurar esta plaga de la pérdida de puestos de trabajo, la preparación para ocupaciones alternativas.

Los beneficios serían evidentes:

El coste oportunidad para alguien que está inactivo, es nulo. Los nuevos empleos posibles, más fáciles de alcanzar con una formación adicional, seguramente serían de mayor productividad y nivel, con reflejo salarial y excedente de utilidad para la empresa y para la Sociedad.

Los avances tecnológicos han generado, generan y generarán, excedentes y obsolescencia en la contribución de la fuerza de trabajo en muchas actividades. Solamente una reconversión humana análoga en cierto modo, repito, a la reconversión industrial puede solucionar la cuestión en términos aceptables.

Desde otro punto de vista, fundamental, ese hombre insatisfecho, frustrado y amargado que es el parado, recobraría, a través de su esfuerzo educativo, su propia estimación, la conciencia de su dignidad. Volvería a sentirse útil a sí mismo, a su familia y a la Sociedad con todas las ventajas individuales y sociales que eso comporta.

Las percepciones por desempleo, por no hacer nada, por muy justas y necesarias que sean, muchas personas, y generalmente las más dinámicas y capaces, las consideran, en alguna forma, un insulto, una vejación. Si pasasen a ser una ayuda, una subvención por hacer algo por alcanzar unas capacidades a través del esfuerzo que conlleva el estudio, procurarían una mayor satisfacción a sus perceptores.

Sencillamente, se trata de potenciar dinámicamente las estructuras existentes de capital humano, y de hacerlo de la forma más eficaz económicamente.

Convertir un gasto, las prestaciones por desempleo, en una inversión rentable en el futuro, es una posibilidad creativa que parece debería ser atentamente considerada.

Y son las escuelas de formación del tipo expuesto las que podrían llevar a cabo esa tarea con menor costo y mayor eficacia, por las capacidades de reacción y posibilidad de asumir las implicaciones necesarias que anteriormente se han esbozado.

Por su conocimiento de la realidad circundante inmediata, su localización. Por la duración de sus cursos, solamente un año, capaz de rendir frutos a corto plazo, con la ventaja adicional que supone poder continuar el aprendizaje, si se considera conveniente.

Las asociaciones de antiguos alumnos con sus servicios de Bolsa de

trabajo, constituyen una ventaja adicional para lograr otro empleo que aproveche las nuevas capacidades adquiridas.

Esta comunicación pretende ser un esfuerzo humilde y creativo a la vez, basado en lo que tenemos y en lo que queremos, en lo que es factible lograr. Un proyecto alejado de utópicas fantasías, cercano a lo cotidiano y eficaz.

Procurar solventar las múltiples necesidades colectivas e individuales sentidas por un colectivo que tiene voluntad de mejorar a través de un proceso educativo, es una tarea noble que merece la atención de nuestra Real Academia, precisamente por serlo en el sentido que Ortega otorgaba a esa palabra:

“Sinónimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es, hacia lo que se propone como deber y exigencia”.